



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

## Reseñas

Autor:

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

1963/65 - 12, pag. 139 - 148



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

## RESEÑAS

JEAN-PIERRE VERNANT: *Los orígenes del pensamiento griego*, Buenos Aires, Eudeba, 1965. Colección 'Lectores de Eudeba', 77. Editado originalmente como *Les origines de la pensée grecque* (Paris, Presses Universitaires de France, 1962) y traducido por Marino Ayerra, 109 páginas.

IDEM: *Mythe et pensée chez les grecs. Etudes de psychologie historique*. Paris François Maspero, 1965. Colección 'Les textes à l'appui', 13. 335 páginas

“Advenimiento de la *polis*, nacimiento de la filosofía: entre ambos órdenes de fenómenos los vínculos son demasiado estrechos como para que el pensamiento racional no aparezca, en sus orígenes, solidario con las estructuras sociales y mentales propias de la ciudad griega”. Con estas palabras inicia J. P. Vernant la recapitulación final de su breve ensayo *Los orígenes del pensamiento griego* (pág. 103) y con las mismas se podría caracterizar el punto de partida problemático que unifica a los trece artículos<sup>1</sup> reunidos en siete capítulos que constituyen los *Etudes de psychologie historique*. No es casualidad que sea en el primero y no en el segundo libro donde Vernant se haya preocupado más por exponer sus ideas acerca de la interpretación de los hechos históricos como una síntesis acabada. Mientras *Los orígenes* es por su enfoque y su destino —la colección 'Que sais-je?' de Presses Universitaires de France— una obra de divulgación cuyos lectores, se supone, no serán especialistas compenetrados de las distintas tendencias interpretativas contemporáneas, *Mythe et pensée* recoge un conjunto de trabajos especializados, publicados originalmente en revistas técnicas, y dirigidos a quienes conocen ya las oposiciones filosóficas vigentes entre los historiadores de hoy. La mayoría de estos artículos son anteriores y han proporcionado los materiales con que está escrito *Los orígenes*. Conviene, pues, referirse primero a *Mythe et pensée*.

<sup>1</sup> Cap. 1, Structures du mythe: 'Le mythe hesiodique des races, essai d'analyse structurale' (*Revue de l'Histoire des Religions*, 1960, pág. 21-54). Cap. 2, Aspects mythiques de la memoire et du temps: 'Aspects mythiques de la memoire' (*Journal de Psychologie*, 1959, pág. 1-29); 'Le fleuve "Amelés" et la "Melete Thanatou"' (*Revue philosophique*, 1960, pág. 163-179). Cap. 3, L'organisation de l'espace: 'Hestia-Hermés: sur l'expression religieuse de l'espace et du mouvement chez les Grecs' (*L'Homme, Revue française d'anthropologie*, 1963, 3, pág. 12-50); 'Géométrie et astronomie sphérique dans la première cosmologie grecque' (*La Pensée*, 109) (1963) págs. 82-92); 'Espace et organisation politique en Grèce ancienne' (inédito). Cap. 4, Le travail et la pensée technique: 'Prométhée et la fonction technique' (*Journal de Psychologie*, 1952, pág. 419-429); 'Travail et nature dans la Grèce ancienne' (*Journal de Psychologie*, 1955, págs. 1-29); 'Aspects psychologiques du travail dans la Grèce ancienne' (*La Pensée*, 66 (1956) págs. 80-84); 'Remarques sur les formes et les limites de la pensée technique chez les Grecs' (*Revue d'Histoire des Sciences*, 1957, págs. 205-225). Cap. 5, La catégorie psychologique du double: 'Figuration de l'invisible et catégorie psychologique du double: le colossos' (inédito). Cap. 6, La personne dans la religion: 'Aspects de la personne dans la religion grecque' (inédito). Cap. 7, Du mythe à la raison: 'La formation de la pensée positive dans la Grèce ancienne' (*Annales E.S.C.*, 1957, págs. 183-206).

Como el mismo Vernant se adelanta a admitirlo en la Introducción, no ya sólo el método sino el objeto mismo de sus investigaciones es decididamente controversial: "Si hemos elegido agrupar en un volumen estudios cuyos temas parecen muy diversos, es porque los hemos concebido como piezas de una misma investigación... El material que los constituye son los documentos sobre los que trabajan los helenistas y los historiadores de la antigüedad. Pero la perspectiva de nuestro enfoque es otra. Ya se trate de hechos religiosos —mitos, rituales, representaciones—, de filosofía, ciencia, arte, instituciones sociales, fenómenos tecnológicos o económicos, siempre los hemos considerado como expresión de una actividad mental organizada. A través de estas obras, hemos buscado lo que fue el hombre mismo, ese hombre griego de la Antigüedad, a quien no se puede separar del marco social y cultural del que es a la vez creador y producto" (pág. 9).

Efectivamente, los investigadores se habían inclinado hasta hace poco a interpretar preferentemente los rasgos objetivos de la civilización, en la medida en que han quedado materializados en monumentos y testimonios. La historia del 'hombre interior' —como lo llama Vernant— ha sido relegada a la función de campo experimental de las teorías antropológicas: "Enfrascados en los textos, en los documentos gráficos, en las *realia* sobre las que nosotros mismos debemos apoyarnos, los especialistas (en estudios clásicos) han desarrollado problemas y técnicas propias; el estudio del hombre y sus funciones psicológicas les parece por lo general ajeno a su propio campo" (pág. 11). Sin embargo si los acontecimientos históricos no saben ser agotados en todas sus perspectivas, es difícil establecer dónde termina la arqueología como ciencia auxiliar y dónde comienza la historia misma.

En estas investigaciones, Vernant procura mostrar, explotando un campo precisamente delimitado, rico en documentos y explorado en todas direcciones por los métodos tradicionales, cómo, para la comprensión cabal de esos *realia* es necesario incorporar a la perspectiva tradicional los per trechos de la psicología histórica que propusiera I. Meyerson<sup>2</sup>.

El capítulo inicial es un excelente ejemplo, en sí, de los resultados de este tratamiento, y a la par que formula una interpretación clave de un problema fundamental, la función del mito en el pensamiento arcaico, proporciona una guía práctica para entender el procedimiento seguido por Vernant con mayor o menor regularidad en todos los demás.

Las interpretaciones del mito de las razas, que Hesíodo narra al comienzo de *Los trabajos y los días*, no alcanzaban hasta ahora, según Vernant, a dar cuenta de la aparente irracionalidad de la serie 'oro, plata, bronce, héroes, hierro', donde los 'héroes' parecen introducidos forzosamente en el 'esquema metálico': "Intercalada entre las generaciones del bronce y del hierro, (la de los héroes) destruye el paralelismo entre razas y metales, y por otra parte, interrumpe el movimiento de decadencia continuo, simbolizado por una escala metálica de valor descendente: el mito precisa, en efecto, (v. 158) que la raza de los héroes es superior a la del bronce, que la ha precedido" (pág. 20). El obstáculo proviene de haber intentado interpretar la genealogía como cronología pura. El relato de Hesíodo, como se ha observado bien, es la elaboración de un mito 'metálico' anterior, pero su originalidad consiste precisamente en haber integrado "dos tradiciones sin duda independientes en principio: por una parte,

<sup>2</sup> I. MEYERSON, *Les fonctions psychologiques et les oeuvres*. Paris, 1948.

el mito genealógico de las razas, relacionado con el simbolismo de los metales, y que narraría la declinación moral de la humanidad; por otra, una división estructural del mundo divino (y humano) del que, remodelando la narración primitiva para dar cabida a los héroes, se proponía ofrecer una explicación” (pág. 21).

El mito de las razas así reelaborado constituiría, según Víctor Goldschmidt<sup>3</sup> el ejemplo más antiguo de una conciliación entre el punto de vista de la génesis y el de la estructura, una tentativa de hacer corresponder término por término los estadios de una serie temporal y los elementos de una estructura permanente. Para Vernant, sin embargo, la explicación de Goldschmidt, aunque acertada, no agota el problema: “Hesíodo ha repensado el tema mítico en su totalidad, en función de sus propias preocupaciones” (pág. 22). Esas preocupaciones son la división funcional de clases de la sociedad en que vive, el sentido de la justicia y las dos luchas, *Dike* y *Hybris*, que solicitan al individuo en esa conyuntura social.

Cinco razas presenta el mito hesiódico, cuya sucesión no implica necesariamente un tránsito del tiempo en forma lineal, sino más bien ‘acumulativa’. Los hombres de la raza de oro —el metal que simboliza el poder real, del *basileus*, por excelencia— “no conocen la guerra y viven en paz” (v. 119) —lo que los distingue de los hombres de bronce y de los héroes, cuyo medio natural es la guerra—, ni tampoco el trabajo, ya que la tierra produce “espontáneamente” (v. 118-119) bienes sin cuenta —lo que los opone a su vez a los hombres de hierro, nacidos para el *ponos* (v. 176-178) (pág. 27). Están destinados, como *basilai* a distribuir la riqueza y observar la justicia (v. 123-126) y al morir, sus almas se transforman en *daimones epichthonoi* (v. 122) que van a morar junto a Zeus y los demás inmortales, y vigilan la recta conducta de los reyes vivientes. Su *arete* es la plena imposición de la *Dike*. Su paralelo más visible entre los inmortales, Zeus. Pero estas características de los hombres del tiempo de Cronos, caracterizan también algo vigente en el tiempo de Hesíodo: “La figura del Buen Monarca se proyecta simultáneamente sobre tres planos: en el pasado mítico da la imagen de la sociedad primitiva; en el mundo contemporáneo encarna el personaje del rey justo y piadoso; en el mundo sobrenatural representa una categoría de *daimones* que vigilan en nombre de Zeus el ejercicio regular de la función real” (pág. 29).

La plata carece de simbolismo propio. Es simplemente un metal precioso menos valuable que el oro. Los hombres de plata pertenecen a la misma era que los de oro, pero son, por así decirlo, el reverso de la medalla, simbolizan el Monarca Injusto. Identificables con los Titanes, infringen la ley de la *Dike*, su destino tras la muerte es desaparecer bajo la tierra y Zeus, el que vigila la justicia, acaba aniquilándolos totalmente (pág. 30).

Si los hombres de oro y plata forman una clase solidaria dividida por dos principios antitéticos o quizá mejor por el signo positivo o negativo de su *arete* como *basileis*, los hombres de bronce y los héroes forman también un conjunto unido por una propiedad definitoria y dividido simétricamente por el signo con que se presenta. Su propiedad es la *Hybris* del guerrero. Los hombres de bronce no conocen ni la justicia ni el trabajo. Y ni siquiera son destruidos por la ira de Zeus, como los insolentes de plata: “mueren unos a manos de otros” (v. 147) y las puertas del más allá les están cerradas. Su rol en la teogonía es el de los Gigantes (pág. 35).

<sup>3</sup> VICTOR GOLDSCHMIDT, ‘Theologia’. *Revue des Etudes grecques*, LXIII (1950) págs. 33-39.

“La raza de los héroes se define en relación a la de los hombres de bronce como su contrapartida en la misma esfera funcional” (pág. 36). Pero mientras los hombres de bronce viven para la guerra misma, los héroes combaten para defender la *Dike*. Su destino tras la muerte es continuar viviendo, como si nada les hubiera sucedido, en la Isla de los Bienaventurados (pág. 37).

Hesíodo se lamenta de vivir en la era de los hombres del hierro. A diferencia de la de los hombres de oro y plata, o la de los de bronce y de los héroes, ni *Hybris* ni *Dike* tienen vigencia absoluta en ella. “Zeuz ha querido, que en ella, el bien y el mal se presenten no ya meramente mezclados, sino más aún, solidarios, indisociables. El bien proviene de la tierra, pero hay que arrancárselo con trabajo. La muerte viene necesariamente a sumir las almas de los mortales en las oscuridades subterráneas (pág. 39).

Con los hombres de hierro se cierra al ciclo de las generaciones y también se agota aparentemente la descripción de una realidad de otro orden: “Se trate de una tradición o de una formulación original, este esquema reproduce en sus líneas fundamentales el sistema de partición trifuncional cuya influencia sobre el pensamiento religioso de los pueblos indoeuropeos ha sido señalada por Georges Dumézil<sup>4</sup>. La primera etapa de la construcción mítica de Hesíodo define claramente el plano de la soberanía, en el que el rey ejerce su actividad jurídico-religiosa; a la segunda corresponde el plano de la función militar en el que la violencia brutal del guerrero impone una dominación sin ley; a la tercera el de la fecundidad, los alimentos necesarios para la vida, a cuyo cargo está peculiarmente dedicado el agricultor” (pág. 43).

Ante la ambigüedad del mundo, el hombre que trabaja la tierra debe elegir entre dos actitudes opuestas, que corresponden a las dos luchas mencionadas un poco abruptamente al comienzo de *Los trabajos y los días*. La buena lucha incita al hombre al trabajo y a no escatimar esfuerzos. La mala lo invita a holgar y apoderarse de las riquezas ajenas mediante la violencia, el robo y la injusticia. Si el camino del trabajo y de la paz es el de la *Dike*, el de la guerra está gobernado por la *Hybris*, fuente de todos los males (pág. 40).

Evidentemente, la estructura tripartita que observara Dumézil en los pueblos indoeuropeos no es la única base de la versión hesiódica del mito de las razas. Sobre ella Hesíodo impone la dicotomía *Dike-Hybris*, que estructura cada uno de los tres niveles del esquema funcional (pág. 44). En el mundo de Hesíodo la clase militar ya no tiene ningún sentido funcional; su valor es puramente *mitológico*. El interés de Hesíodo por su mundo circundante se refleja en la relación entre la primera y la tercera función, el *archein* y el *ponein*. La justicia es la condición necesaria para que el trabajo rinda sus frutos: “El mundo de Hesíodo, a diferencia del de los hombres de oro, todo está mezclado porque conviven lado a lado, aunque sus funciones sean opuestas, los pequeños y los poderosos, los viles —*deiloi*— y los nobles —*esthloi*— (v. 214), los agricultores y los reyes.

La reinterpretación del mito arcaico de las razas metálicas, con la tripartición funcional de los indoeuropeos, que efectúa Hesíodo refleja una transformación radical del modo de concebir la realidad de los griegos, y al mismo tiempo la consolidación de una nueva estructura económica

<sup>4</sup> GEORGES DUMÉZIL, *Jupiter, Mars, Quirinius*, Paris, 1941, pág. 259; “Triades de calamités et triades de délits a valeur fonctionnelle chez divers peuples indo-européens”. *Latomus*, xiv (1955) pág. 179, N° 3.

y social basada en el trabajo de la tierra y el comercio, y ya no en la piratería y la guerra: “La lógica que orienta la arquitectura del mito, lo articula en diversos planos y gobierna el juego de las oposiciones y las afinidades... es también la fuente de su originalidad y convierte a Hesíodo en un verdadero reformador religioso” (pág. 44).

El análisis de Vernant, visiblemente, va mucho más allá —apoyándose en los trabajos de Goldschmidt y Dumézil— de la explicación de la aparente ‘anomalía’ de los héroes en el mito ‘metálico’ de las razas. El análisis de la estructura del mito, o más bien, de la transformación de ésta, ha mostrado la relación existente entre las creaciones del espíritu y las condiciones materiales en que se produjeron. La figura de Hesíodo, por otra parte, parece cobrar un nuevo relieve y su obra adquiere dimensiones algo más que meramente ‘literarias’: históricas, sociales, humanas. Es imposible hablar ya del ‘mito’ como una forma simple y primitiva de concebir el mundo, ni el pensamiento de Hesíodo podrá tampoco seguir siendo considerado la expresión de ‘la mentalidad burda del campesino’. Claro que hasta ahora había sido difícil apreciar la lucidez de su pensamiento mientras se ignoró su referencia objetiva. La tarea de reconectar mito y realidad continúa en los capítulos que siguen de los *Etudes de psychologie historique*.

Dos de ellos están dedicados a ‘Los aspectos míticos de la memoria y el tiempo’ —el segundo— y a ‘La organización del espacio’ —el tercero. El cuarto encara la relación entre ‘El trabajo y el pensamiento técnico’. Acerca de la concepción del individuo y el alma tratan los dos siguientes: ‘La categoría psicológica del doble’ —el quinto— y ‘La persona en la religión’ —el sexto.

Los mitos de la memoria acerca de los cuales gira la investigación del capítulo 2 han sufrido una sensible evolución de la era arcaica al siglo tercero. En el comienzo de su evolución, la concepción de la memoria parece desvinculada del tiempo mismo. Es más bien una función del conocimiento que permite acceder a la omnisciencia de los inmortales. La rememoración disciplinada que practican los aedos está íntimamente vinculada con la actividad religiosa. La particular noción del tiempo que desarrollaron los griegos —cuya estructura está claramente ejemplificada en el mito de las razas de Hesíodo— hará muy difícil la transformación de la memoria en la función psicológica que caracterizamos con la ciencia moderna. Las teorías del conocimiento de los filósofos post-socráticos proporcionan un cuadro en el que la estructura mítica se ha transformado rechazando la interpretación sobrenatural de los fenómenos. La función de la memoria se desplaza del conocimiento y el pensar al ámbito de la sensación, una sensación ‘temporalizada’: “La memoria aparece por fin incluida en el tiempo, pero en un tiempo que sigue siendo, aún para Aristóteles, rebelde a la inteligibilidad” (pág. 78).

El desarrollo íntimamente relacionado del trabajo, la técnica y el pensamiento filosófico y científico, analizado en el capítulo 4, plantea la paradoja más inquietante de la historia del mundo espiritual de la Antigüedad. Gran parte de los estudios que aquí incluye Vernant están dedicados a caracterizar minuciosamente la evolución de la función social del trabajo en el mundo griego. El trabajo artesanal, por oposición al trabajo agrícola, parece ser el ámbito en donde Vernant quiere encontrar la forma en que opera el pensamiento racional frente a la realidad. El trabajo artesanal, constata Vernant, cuya aparición es muy posterior a la del trabajo agrícola, no parece haberse integrado totalmente a la estructura de la *polis*.

La noción moderna de la máquina como generadora de fuerzas autónomas no parece haber logrado reemplazar totalmente en el pensamiento griego la noción típicamente agrícola de la máquina como mero instrumento para multiplicar la potencia del brazo humano. Concebido como una emulación de la naturaleza, el trabajo y la función técnica tienden a deshumanizar a quien lo practica y naturalmente a excluirlo de la *polis* y de la vida intelectual. A la inversa, este divorcio entre *logos* y *poiesis* se refleja en el fracaso de las matemáticas y la física griegas como ciencias aplicadas (pág. 235).

El capítulo 7 —‘Del mito a la razón’— con el que concluye *Mythe et pensée chez les grecs*, recorre la evolución del pensamiento griego desde sus orígenes hasta su culminación en los sistemas de Platón y Aristóteles para volver a mostrar la misma paradoja. La “divina” racionalidad que el idealismo había dado por nacida *ab nihilo* en Mileto en el siglo VII a.C. no es, para Vernant, ni tan absolutamente perfecta ni tan abruptamente venida al mundo. El pensamiento griego nace en la cuna del mito y, aparentemente, ese, su pecado original, no logra ser expiado en todos los intentos por conquistar una racionalidad comparable con la de la ciencia contemporánea: “La filosofía, si bien traduce aspiraciones generales, también plantea problemas que le son exclusivos: la naturaleza del Ser, las relaciones entre el Ser y el pensamiento. Para resolverlos, necesita elaborar sus propios conceptos, concebir su propia racionalidad. Para llevar a cabo esta tarea poco se apoya en lo real sensible; no toma mucho de la observación de los fenómenos naturales; no ha realizado experiencias. La noción de experimentación le ha sido extraña. Su razón no es aún nuestra razón, la razón experimental de la ciencia contemporánea, orientada hacia los hechos y la sistematización teórica. Si bien edificó una matemática, primera formalización de la experiencia sensible, no trató de usarla en la exploración de lo real-físico. Entre la matemática y la física, el cálculo y la experiencia, faltó conexión; la matemática se mantuvo fiel a la lógica. Para el pensamiento griego, la naturaleza representa el dominio del “más o menos” al cual no se puede aplicar ni la medida exacta ni el razonamiento riguroso. La razón no se descubre en la naturaleza sino que es inmanente al lenguaje” (pág. 313).

Los quince siglos aproximadamente —de la civilización de los *megarones* de Creta hasta Aristóteles— que abarca *Los orígenes del pensamiento griego* están concentrados alrededor de la transformación de la realidad social del mundo griego entre el siglo VII y el VI a.C. Capítulo por capítulo, Vernant va siguiendo ese desarrollo a grandes trazos a través del encuentro de los primeros griegos con los pobladores anteriores del Mediterráneo —documentado en las tabletas del lineal A y el lineal B— la organización de la monarquía micénica, la substitución del *anax* por la república aristocrática, el nacimiento de la *polis* democrática, su apogeo y por fin su decadencia ante la expansión del imperio macedónico. Gran parte del texto ha sido adaptado de trabajos anteriores publicados ahora en *Mythe et pensée*. A pesar de su nivel necesariamente elemental, no faltan referencias a los autores clásicos. Tres notas bibliográficas orientan al lector que se inicia a través de los principales mojones de las ciencias de la antigüedad pero, lamentablemente las citas se detienen en 1960, excluyendo así la labor de los últimos años.

Se puede decir finalmente, que el método de Vernant rinde excelentes frutos en la medida en que proporciona criterios objetivos para intentar la interpretación de estructuras de pensamiento radicalmente diversas

de las de nuestro mundo, a las que de otro modo sólo podíamos acceder a través del testimonio de los filósofos y los literatos. Haber llegado a caracterizar con tanta precisión las condiciones de la relación entre trabajo y pensamiento es probablemente su mayor éxito, pero el problema está lejos de haber sido resuelto. En ninguno de sus dos trabajos Vernant proporciona una explicación concreta de ese divorcio entre pensamiento y mundo: "La razón griega es la que en forma positiva, reflexiva y metódica, permite actuar sobre los hombres, no transformar la naturaleza. Dentro de sus límites, como en sus innovaciones, es hija de la ciudad" son sus palabras finales en *Los orígenes del pensamiento griego* (pág. 107). Que efectivamente un fenómeno está necesariamente ligado con el otro es una hipótesis difícil de rechazar, pero cómo opera esa relación en el mundo griego del siglo IV al III a.C. es algo que todavía debe ser explicado.

MARTÍN FELIPE YRIART

STARR, CHESTER G.: *Roman Imperial Navy*. 2nd. edition, 31 B.C. - A.D. 324. London, Lowe and Brydone, 1960. 232 páginas.

La nueva edición de *The Roman Imperial Navy* es una reimpresión fotográfica con apéndice del estudio realizado por el autor en 1941, que apareció como volumen XXVI de la colección *Cornell Studies in Classical Philology*.

Desde hace algunas décadas se realizan investigaciones sobre el tema, pero no son más que monografías parciales, que no nos permiten apreciar el papel importante que desempeñó la marina imperial en la preservación de la *pax romana* y de la unidad del imperio. Starr se propone, en el presente trabajo, tratar de una manera completa y exhaustiva el asunto. Para ello rastrea en las fuentes epigráficas y literarias el origen, la organización y la historia del poder marítimo de la Roma imperial.

El autor no centra la discusión del problema en las dos grandes flotas italianas de Mesina y Ravena, sino que se detiene en la consideración de las flotas provinciales y estudia las funciones propias que las numerosas flotillas tuvieron en el mantenimiento del Imperio.

En pocas páginas nos ofrece una visión precisa del poder marítimo romano en la época republicana que consideramos suficiente para comprender el de la época imperial. Este surge en el otoño del año 31, cuando la escuadra de Augusto más numerosa por la incorporación, después de Actium, de los barcos de Antonio, zarpa para Forum Julii. Este acto señala el comienzo formal de la historia naval romana y nos presenta a Augusto, como el verdadero fundador de la misma. Fue Augusto quien creó dos escuadras que se convirtieron en los principales agentes del control imperial en el Mediterráneo: la *classis Misenensis* y la *classis Ravennas*, cuyos nombres recuerdan los puertos que les sirvieron como bases de operaciones. Desde el puerto de Mesina dominaba la escuadra el mar Tirreno; desde Ravena se vigiló la costa dálmata y pudo haber sido un paso preliminar en los planes de expansión romanos en el Danubio. Desde Vespasiano en adelante fueron las flotas imperiales por excelencia. Cada una tuvo su esfera de acción siguiendo la política naval de su fundador, según se



verifica en fuentes epigráficas: *'classem Miseni et alteram Ravennae ad tutelam Superi et Inferi maris conlocavit'*.

Cada flota estaba comandada por un prefecto nombrado directamente por el emperador y era sólo responsable de su mando ante él y obedecía sus órdenes. La política republicana de designar senadores para el comando naval termina con M. Titius. Los prefectos, conocidos en época de Augusto como *procurator Augusti et praefectus classis*, pertenecieron al *ordo equester*. Junto a ellos estaban los *nauarchi* y *trierarchi*, dos rangos importantes en la marina, íntimamente conectados y sin embargo distintos. A pesar de que en Grecia se llamaba *ναύαρχος* al 'jefe de un barco' y *τριήραρχος* al 'jefe de un trirreme', mucho antes de que los romanos usaran estos términos habían cambiado su significado. Durante la época helenística *ναύαρχος* fue la expresión común para designar al comandante de un barco. Por otra parte *τριήραρχος* significa, en las fuentes helenísticas, simplemente 'capitán de barco'. Apoyándose en estos datos, Starr se opone a Mommsen, quien enfrentado con estas palabras griegas, supuso equivocadamente que los *nauarchi* y *trierarchi* se desempeñaron en la realidad de acuerdo con el significado original de los términos. Según el autor, ambos comandaban divisiones de la flota compuesta por dos tipos de barcos: los trirremes y los *liburnica*.

En el capítulo 'The Sailors' nuevamente se opone a Mommsen que consideró a la flota como posesión personal del emperador y a los marineros esclavos y libertos de la familia imperial. De acuerdo con los consejos de Augusto a su sucesor, citado por Tácito *quantum civium sociorumque in armis, quot classes regna, provinciae, tributa aut vectigalia*, entiende Starr que la marina era una institución de carácter público. Con referencia al empleo de libertos y esclavos, declara que es un fenómeno del mundo moderno. Tanto en las ciudades italianas marítimas antes del siglo VI, como en la Atenas de Pericles, servir en las galeras fue el deber principal de los ciudadanos del estado. Durante la antigüedad y la edad media los remeros se reclutaban entre los hombres libres pobres y en ninguna parte se admitieron esclavos como tales. La ley de la república *ab omnia militia servi prohibentur* siguió rigiendo durante el imperio. Los libertos, en cambio, fueron admitidos en la marina desde la época republicana. Los materiales epigráficos de la época de los Julio-Claudios atestiguan su empleo durante el imperio, aunque en forma restrictiva. Los *liberti* se inclinaron más por las actividades comerciales e industriales. Con respecto al status legal de los marineros, sostiene, nuevamente en oposición a Mommsen, que una gran parte de ellos fueron de condición peregrina, a pesar de usar nombres latinos, desde Augusto hasta fines del siglo II. Después del famoso edicto de Caracalla del 212, casi todos fueron ciudadanos romanos.

En los dos capítulos siguientes 'The provincial squadrons of the Mediterranean' y 'Naval power on the Northern frontier', demuestra Starr que, si bien es cierto que las flotas de Mesina y Ravena fueron las fuerzas navales más importantes del imperio, no se puede considerar a estas dos unidades como las únicas del poderío marítimo romano. La extensión del imperio requería escuadras independientes que operaran fuera de la esfera de acción de las dos flotas italianas. La piratería que asolaba sus costas fue combatida por estas unidades subsidiarias, que tuvieron también a su cargo la defensa de las fronteras.

En el último capítulo 'The Navy and the Empire' expone el autor el papel que jugó la marina en la historia del imperio. El hecho de que ella

no haya librado serias batallas lo lleva a preguntarse qué razones tuvieron los emperadores para gastar anualmente enormes sumas de dinero en el mantenimiento de la flota. A esto responde que tanto las escuadras mediterráneas como aquéllas de la frontera septentrional tuvieron en su comienzo funciones militares. Pero desde que Roma ocupó con sus legiones las costas del imperio, pareció más simple mantener la paz con su ayuda y se le asignó a la marina obligaciones adicionales, menos militares, que consistieron en el transporte de soldados y dignatarios, sin perder nunca la función de policía sobre todo en las regiones apartadas de Italia. En lo que a Augusto concierne la flota fue el principal instrumento para asegurar la *pax*. Starr trata de establecer si además fue utilizada para promover el comercio marítimo. Considera que el imperio fue indiferente al comercio o más precisamente adoptó una actitud de 'dejar hacer', que a menudo acompaña a una situación económica próspera. No se hicieron esfuerzos para lograr su expansión y las teorías paternalistas entraron recién a fines del siglo II, cuando éste empezó a declinar. La misión esencial de la flota, vuelve a insistir, fue la de controlar y usar sus elementos propios para terminar con las guerras e insurrecciones que se desarrollaron dentro y fuera del imperio. La decadencia del poder marítimo romano se inicia con Diocleciano. No obstante desempeñó un papel importante en las campañas de Constantino contra Licinio.

El presente trabajo que hemos reseñado brevemente revela la erudición que posee Starr sobre el tema tratado. El lector encuentra al final de cada capítulo una selección de notas que lo remiten a las fuentes que corresponden al período estudiado. Esta nueva edición trae un apéndice que actualiza el problema mediante la transcripción de los testimonios epigráficos y literarios más recientes relacionados con cuestiones navales.

MARÍA ROSA LABASTIE

BALSDON, J. P. V. D. *Roman Women: Their History and habits*. London, The bodley head. 1963. 331 páginas.

En ésta, su más reciente publicación, Balsdon combina una historia de las mujeres romanas más prominentes con una descripción de la vida cotidiana y familiar de la mujer en todos los niveles sociales. Su estudio abarca el período que se extiende desde la 'fundación de Roma' por Rómulo, en el 753 A.C., hasta la muerte de Constantino en el 337 D.C.

La primera parte dedicada a la historia presenta las mujeres virtuosas de la leyenda, la emancipación del sexo femenino a fines de la república y las mujeres notables y notorias del imperio. Si bien es cierto que Roma nunca fue gobernada por una mujer, eso no significa que las mujeres no tuvieran un inmenso poder en la república y en la administración y formulación de la política imperial.

Los historiadores romanos consideraron que el sexo femenino carecía de importancia histórica, sin embargo la historia de Roma, desde su fundación, cuenta con numerosas leyendas cuyo tema central es la mujer. La mujer envenenadora debuta en la leyenda en el 331, año en el que se realiza en Roma el primer proceso por envenenamiento en el cual fueron condenadas ciento setenta mujeres casadas acusadas de preparar, lo que ellas

llamaron, 'un saludable tónico' para sus maridos. En la misma época otras fueron capaces de cosas mejores. Cuando los galos sitiaron el Capitolio ofrecieron sus cabellos para las cuerdas de los arcos.

La mujer republicana está encarnada en Cornelia, la madre de los Graco. A pesar de que el autor la considera la mejor, no recibe un tratamiento adecuado, tal vez porque muchos otros se ocuparon de ella. Durante esta época la mujer no tenía personalidad legal. Como niña vivió sujeta al padre, como mujer casada al marido. Pero en los últimos cincuenta años aparece una nueva mujer. Sus intereses están fuera de las paredes de la casa. Interviene en política y se convierte en el centro de los escándalos públicos. Una 'mujer bella, inteligente e inmoral', Clodia, ilustra este lapso que el autor llama 'la emancipación del sexo'. Durante el imperio, la ambición y los fuertes intereses políticos llevaron a la mujer a una intervención decisiva en los asuntos del estado. Desfilan los nombres de Livia, Messalina, las dos Agripinas y Poppea. La abundancia de fuentes del período imperial hace que Balsdon dedique a este período una porción extensa de la primera parte.

La segunda parte, íntegramente dedicada a las costumbres, resulta de un gran valor por el tratamiento que hace de las cuestiones legales relativas al status de la mujer. En sucesivos capítulos describe Balsdon con un estilo claro e interesante, la ceremonia del matrimonio, la vida de la mujer dentro de él, las causas posibles de felicidad e infelicidad; el problema de los hijos y particularmente de los hijos ilegítimos; la vida religiosa, y los festivales en los que estas últimas participaron. No podría faltar, hablando de mujeres, las referencias a las modas en el vestir, el peinado que usaron según las distintas clases sociales y las joyas. El último capítulo nos ofrece un cuadro de la vida de la mujer dentro de su casa. La mayoría de ellas se dedicaron al mantenimiento del hogar y a la educación de los hijos. Otras encontraron gran placer en escribir. Entre ellas encontramos a Sulpicia, sobrina de M. Valerius Messalla Corvinus, que escribió seis conmovedoras elegías.

A pesar de los ejemplos numerosos que nos ofrece la historia acerca de la participación de la mujer en distintas esferas de la vida romana, nunca se consiguió la completa igualdad de los sexos. La idea de que la mujer debía moverse sólo en el hogar, sobrevivió a lo largo de toda la sociedad romana. Por las circunstancias de la vida diaria, la mujer fue considerada incapaz para participar en los asuntos públicos, de ahí que nunca obtuviera el derecho al voto, ni participara en juicios por jurados. No se les permitió tampoco administrar independientemente sus bienes propios. Sólo ella era castigada si faltaba a los deberes conyugales. Recién en la época cristiana encontramos que la ley sanciona con igual rigor al hombre o a la mujer que cometen adulterio.

De las obras de Catón, Salustio, Plinio, Tito Livio, Juvenal, Plutarco, Macrobio, Tertuliano y la Historia Augusta obtiene Balsdon los datos que combina con habilidad y colorido. Las inscripciones, particularmente epitafios, le permiten reconstruir aspectos de la vida de la mujer común. La obra incluye dieciseis láminas, correctamente seleccionadas, que ilustran el texto. Aunque el libro fue escrito para lo que los franceses llaman 'le grand public cultivé', no dudamos que despertará el interés del estudioso serio.